

# Cuatro piezas barrocas veracruzanas y una fantasía postcolonial

*Juan Antonio Flores Martos*

«He llegado a la conclusión de que este es un medio de muchas apariencias, y cuya esencia como que se disipa, como que estás a punto de tocarla, como que desaparece...Y es ¡La Luz!, yo encuentro que la luz tiene aquí una calidad impresionante. Es tremenda, es algo muy especial. Entonces yo siento que con las cosas y con este tipo de luz, como que de repente se van a borrar y como que detrás va a quedar algo, algo que es su verdad. Y eso lo siento en la gente, en las calles, en todo. Como que la luz es capaz en un momento de arrasar las apariencias y desnudar, revelar, develar».

*Antonio Argudín*

## **Velos**

Uno de mis interlocutores, el dramaturgo Toño Argudín, destacaba así la singular luz de la ciudad, como una de las claves de su encanto, y de la singularidad de la estética y cultura urbana del Puerto de Veracruz. Conociendo la habilidad y desenvoltura con que dispone imágenes y recursos barrocos en sus piezas (1994), quizás este texto ganaría con su autoría. No obstante sus palabras, fragmentos de pláticas grabadas, conducirán en buena medida las siguientes páginas, en un diálogo de perspectivas cruzadas, conversación atlántica que busca ensayar un comentario acerca de esta sociedad.

La veracruzana es una sociedad barroca: su cultura, estilos culturales y corporales, su estética y especialmente su sociabilidad, son barrocas. Una identificable estetización de la vida cotidiana constituye su estrategia propia en la construcción de un mundo –*theatrum mundi*– con límites fluidos entre realidad e ilusión. Las gentes del Puerto manifiestan en sus vidas una actitud barroca, que más que abordarse como una reliquia, herencia o rémora de un pasado colonial, debe ser enfocada como un rasgo absolutamente moderno. Dicha postura –y compostura– orienta y fluye en sus acciones e imaginación en una marcada tensión moral, en su extrema dificultad con que viven en mundos diversos (local, nacional, global), y en

una atormentada búsqueda de imposibles conciliaciones: intimidad y publicidad, disciplinas y excesos, fugacidad y perdurabilidad, represión y liberación.

Mi pretensión ahora es perfilar determinados aspectos de la escenografía barroca –más efímera en ocasiones, y perdurable en otras– que sigue montándose en esta ciudad del Golfo de México, y que contiene y despliega mucho de la densidad sociocultural y de los carnavales que atesoran las sociedades caribeñas (Benítez Rojo, 1998: 363). Mediante el énfasis en los contrastes, en los itinerarios curvos y diferidos, y ciertas simulaciones, se bosquejarán algunas superficies y huecos de los cuerpos e imaginarios veracruzanos.

Una mirada atenta y reposada sobre las calles y locales en el «primer cuadro» de la ciudad permite identificar ciertos juegos de apariencia cuyas reglas y objetivos se trazan desde la experiencia y necesidades del Margen, aunque con participantes y escenarios bien centrales. De este modo, son recreadas a diario en la vida social figuras como «el vendedor de barcos de artesanía», «la vendedora de recuerdos para turistas», «un baile de salón o *soirée* de buen tono», «la familia unida», etc.

Demoré algún tiempo en identificar en un sector de la venta de mercancías realizada en los espacios céntricos y públicos de la ciudad, una clase de prostitución visible y al tiempo encubierta (*camuflajeada*, en palabras de los veracruzanos), un hecho que parece gozar de una continuidad en el Puerto desde tiempos coloniales. En este género de oficio y representación, el ser vendedora/vendedor ambulante de diversas mercancías permite la movilidad necesaria y la coartada para contactar con posibles clientes de otra mercancía: el cuerpo.

En un escenario central de la ciudad, en el Café de la Parroquia, pude contemplar una escena que transcurría en la mesa de al lado. Dos turistas nacionales (mexicanos), procedieron a invitar a una joven vendedora de artesanías (collares de cuentas de chaquiras y ámbar de Chiapas) y a su hijo de unos tres años, a sentarse y a tomarse algo con ellos –una ensalada de frutas, panes dulces, jugos y refrescos–, reproduciéndose una escena de «merienda familiar» o de convivio amistoso, durante la cual se llega a un acuerdo económico relativo a los servicios sexuales de la vendedora ambulante, para luego irse a la habitación del hotel. Mientras, afuera del café esperaba una señora mayor para hacerse cargo del niño y de las «artesanías», mientras la joven subía al hotel con sus dos clientes. Éstas y otras experiencias y situaciones análogas, hicieron que surgiera de forma permanente la sospecha y la desconfianza acerca de las formas visibles y observables en la interacción personal veracruzana, sus veladuras y procedi-

mientos oblicuos en remitir, en ocasiones, a transacciones y servicios sexuales pagados.

Recuerdo la extrañeza en mi primera estancia en Veracruz, ante unos enormes barcos de madera manufacturados artesanalmente (veleros, especialmente galeones coloniales) y que unos muchachos se empeñaban en vender en las terrazas de los bares de ambiente nocturno de la plaza principal de la ciudad. Aunque me intrigaba este empeño y el que alguien pudiera comprarlos, inicialmente lo interpreté como un rasgo más de la experiencia sensible de lo desmesurado y lo excesivo, que parecía condensarse en los Portales. Sólo en los últimos meses de trabajo de campo, pude saber que estos cargadores de barcos ofertaban también otra clase de mercancía: su cuerpo. Los parroquianos asiduos y trabajadores de este espacio urbano central sabía que esos vendedores de barcos de artesanía, eran muchachos que se dedicaban a la prostitución masculina, y llamados *chacales* o *mayates* en el habla local.

Existen por tanto tratos mercantiles otorgados a la «carne» propia y extranjera, una puesta en circulación de imágenes donde ésta cobra protagonismo en ámbitos y espacios de la «buena sociedad» portuaria, y unos procedimientos de sexualización en la vida social de la ciudad. Siendo estos rasgos visibles, se manejan de modo sutil y diferido, sin que choquen con el «buen tono» y la urbanidad de cualquier reunión social, o de los diferentes escenarios donde adquieren protagonismo.

Sobre *Canecao*, un exclusivo baile al que asistía la mejor sociedad veracruzana y que se celebraba en Semana Santa, el sábado de gloria en la villa *Las Mariposas*, en las inmediaciones del hotel Mocambo, dispongo de dos versiones. La primera, proporcionada por Francisco Villagómez es externa —él no participó en él—. En ella habla de su organizador, un columnista de *Sociales* (Ecos de sociedad) y se refiere al prestigio que cobró este evento, al que asistían gente homosexual y *gente conocida*, y cómo fue convirtiéndose en un momento para que «debutaran», «se liberaran» aquellas personas —sobre todo destaca a varones— con opciones y apetencias homosexuales, todo ello en un contexto «de sociedad», y con invitados con apellidos importantes en la ciudad.

Lo que Francisco etiquetaba como una «liberación» o un «debut» social, Gerardo (*El Flaco*) García, desde su relato vívido como participante en el mismo, lo convierte en una encerrona o trampa planificada «socialmente» (en un evento «de sociedad» y por gentes «de sociedad») para obtener unos objetivos sexuales, mediante la gestión y el retardamiento de los deseos de jóvenes. Desde su perspectiva, podemos referirnos a *Canecao* como un escenario de sociedad centrado en un trato mercantil con los cuerpos, aun-

que no monetario, si existían pagos, «sacrificios», y premios que mediaban esos intercambios corporales. Según mi interlocutor, había un «sacrificio» por el que pasaban los/las jóvenes que participaban en las encerronas, mientras que sus deseos iniciales (mantener relaciones sexuales con una mujer casada que les gustase) eran dilatados, diferidos y finalmente cumplimentados, una semana después. Términos como encerrona, carnada, hablan del carácter de trampa que tenían dichos eventos sociales, y la cosificación e instrumentalización que una sociedad reprimida en lo sexual, realizaba de los cuerpos y deseos de los sujetos participantes de ese ambiente. Una metáfora del mundo de la pesca y caza de animales preside las relaciones personales/sexuales de *Canecao*: el joven muerde o se traga ese cebo, la carnada como es llamado el maricón que lo prueba, para poder satisfacer sus deseos, legítimos desde una perspectiva, e ilegítimos desde una perspectiva social/moral, con una mujer casada. En este relato de Gerardo, afloran de nuevo unas relaciones de poder cruzadas, y en este caso orientadas, por el sexo: «Esas fiestas encerronas las hacía un grupo de sociedad, de mujeres y hombres, lesbianas, verdaderos maricones, las hacían en una casa en Mocambo, que se llamaba la Villa *La Mariposa*, una villa muy bonita, allí por el Hotel Mocambo adelantito, ahí hacían unas encerronas, que eran escogidos todos, ahí veían, escogían a sus chicas, los maricones escogían los chicos que les gustaban, y otros la carnada. Estaba aquel que quiere hacer el amor con aquella señora casada, yo por ejemplo, porque eran señoras casadas pero sin el marido, y luego estaba la carnada que era el maricón, ese maricón me hablaba a mí de si yo tenía ganas de aquella señora, pero me decía el maricón así «Si, pero tienes primero que hacerlo conmigo, para después hacerlo con ella», ¡Y me sacrificaba!, si pero me tenía que tirar unos tragos sino no. Pero mi mente estaba enferma por el alcohol, era una enfermedad del alcohol. Si no había alcohol no hacía yo nada de eso. En esas encerronas nos acostábamos con los maricones, ese maricón después se iba con otro macho, yo me acostaba con dos lesbianas, y hasta el otro sábado ya me tocaba con la señora que yo quería. ¿Por qué era así?, porque me tenía que probar el maricón de que el premio era eso. «¿Quieres ganártela?, ¡Tienes que hacerlo, hay que entrarle!» Y le entraba, por aquella mujer que me atraía».

### Los «abuelitos» de la colonia Hidalgo

Otra casa, en este caso no una villa o quinta elegante, sino situada en un barrio humilde –de las colonias, como las etiquetan las gentes de clase